

De modernidades y sostenibilidades

Edgardo Civalero

© Edgardo Civallero, 2016.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0
"Bibliotecario". <http://biblio-tecario.blogspot.com.es/>

De modernidades y sostenibilidades

—Che, ¿nadie quiere comprar un reloj japonés? (*Lo muestra a un grupo de compañeros*). Mirá, tocás este botón y tenés la fecha de hoy según el calendario egipcio. Apretás este otro y toca la tarantela; apretás este y te da las probabilidades de lluvia en Miami; bajás esta palanca...

—¿Y para saber la hora, cómo hacés?

—Bueno... eso es lo único que no tiene.

El chiste, tomado de una tira cómica argentina de mi infancia (*Teodoro & Cia.*, de Viuti), reflejaba irónicamente en 1981 lo que hoy se ha convertido en una realidad cotidiana: objetos que, sujetos al desquiciado ritmo que impone el consumismo capitalista actual, suman nuevas funciones a la suya propia para, a la postre, perder esta última y, por lo general, no hacer bien ninguna de las agregadas.

Y digo "objetos", pero muy bien podría decir "personas".

Hay elementos que fueron creados para cumplir una función específica, que llevan siglos cumpliéndola (y evolucionando cuando ha sido menester) y para los que aún no se hallado un sustituto que supere su desempeño. El modelo consumista encuentra en tales elementos un serio problema. ¿Cómo mantener en movimiento la cadena mercantil y colocar nuevos productos en campos en los que no se puede ofrecer nada mejor? ¿Cómo vender algo que supere al libro que leemos, al pan y la manzana que comemos, al agua que bebemos, a los caminos que caminamos, al martillo y la sierra que construyen nuestros muebles...?

Para hacer frente a semejante dilema, la mercadotecnia –disciplina encargada de hacernos ver joyas en donde con suerte solo hay cuentas de colores– ha optado por desacreditar, desvirtuar u opacar muchas de las cosas que han llenado y llenan nuestras vidas mostrándolas como "pasado". Un pasado con claras connotaciones de atraso, pues no hay nada más temido, para un mundo que vive huyendo a saltos hacia delante, que el riesgo de quedarse atrás. Al mismo tiempo nos enseña cómo de glamorosos serían nuestra vida y nuestro futuro si abandonásemos esas malas prácticas pretéritas y adquiriésemos su último servicio, su último bien de consumo, su última y modernísima idea. No importa que "el pasado" (o lo que se nos vende como tal) lleve entre nosotros decenas de generaciones funcionando perfectamente: se lo trata como un ancla que no permite navegar hacia el brillante y promisorio porvenir

que nos espera allí delante. Como una suerte de traba a nuestra evolución, a nuestro crecimiento, a nuestro desarrollo, a nuestra felicidad individual y colectiva.

Para los elementos presentados y percibidos como "anticuados" se nos ofrecen dos opciones: el descarte, o una actualización (reformulación, resignificación) que los adecúe a "nuestras" necesidades contemporáneas.

Y nuevamente hablo de objetos pero, triste es decirlo, también podría estar hablando de personas.

De modo que transitamos una modernidad en la que las cosas y los espacios que usamos cotidianamente, si no sirven al mercado y al relato modernista, son asociadas a un pasado casi prehistórico y deben ser transformadas o borradas del mapa; en la que nacen un centenar de nuevos objetos todos los días para intentar suplantar mediocrementemente a una única cosa que, por cierto, no necesitaba ser suplantada porque servía muy bien a su propósito inicial (y no, no es cierto que todo es mejorable); y en el que nuestras necesidades y nuestras expectativas son adaptadas (a la fuerza, si es necesario) a esos nuevos objetos que han venido a reemplazar a las cosas de siempre.

Las bibliotecas constituyen, hoy por hoy, un ejemplo paradigmático de este proceso.

Uno de los pilares del actual modelo comercial/cultural hegemónico son las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs). Para allanar el camino a la expansión de este modelo (y a las oportunidades de negocio y de control que representa), ideas tradicionales como la de "biblioteca" están siendo asociadas a la de un periodo pre-digital y pre-tecnológico que debe ser superado y olvidado cuanto antes.

Curiosamente, pocas veces se plantea una adaptación natural y progresiva de los entornos bibliotecarios actuales a las nuevas tecnologías (unas tecnologías terriblemente cambiantes, sujetas a una potente obsolescencia programada, y totalmente mercantilizadas) allí donde sea necesario, si es que lo es. No suelen contemplarse evaluaciones previas de las necesidades y las posibilidades de las distintas bibliotecas y de sus comunidades de usuarios, ni se analiza la sostenibilidad real de las nuevas tecnologías en un lugar determinado, ni se consideran otras alternativas. Por el contrario, se ha optado por proclamar una especie de "urgente

necesidad global" de abandonar los usos y costumbres anteriores y de saltar de inmediato al paradigma basado en las TICs, liderado y directamente gestionado por empresas privadas que encabezan no pocos *rankings* internacionales de beneficios y que ni se molestan en disimular sus intenciones comerciales.

Animados por los voceros, los palmeros y no pocos neo-gurúes a sueldo, o enfrentados a la amenaza de ser eliminados del mapa (no son pocas las bibliotecas cuya supervivencia física depende de su sometimiento total a "las reglas del juego"), muchos directores de bibliotecas y bibliotecarios se lanzan por el camino de la "modernización". Algunos lo hacen con tanta pasión como poca perspectiva crítica o sentido común: son los que hablan de sus colecciones de libros como de "modas anticuadas" y señalan que el objetivo de las bibliotecas actuales debe ser proporcionar "servicios de conocimiento mediante aprendizaje tecnológico", o cualquier otro en cuya redacción aparezcan juntas, cuadren o no, las palabras "desarrollo", "innovación" "excelencia", "tecnología" y "conocimiento".

Otros son más radicales aún: ya existen unidades que quitan el vocablo "biblioteca" de su nombre, como si se tratara de un estigma vergonzoso.

De esta forma nos topamos con bibliotecas "actualizadas" que cumplen funciones que antes nunca le pertenecieron y olvidan la propia... Al mismo tiempo, nos encontramos instituciones que no son bibliotecas intentando realizar las funciones de una biblioteca que ya no es una biblioteca porque está haciendo otras cosas.

Suena a trabalenguas, lo sé, pero es la realidad. Una realidad demasiado parecida a aquel chiste de mi infancia.

Una de las muchas preguntas que surgen entre las ideas esbozadas arriba, y que muy pocos se están planteando en la actualidad con el detenimiento y la seriedad que merece, es la de la sostenibilidad de una biblioteca basada en las TICs.

Y aquí –permítanme repetir el guiño– hablo de "bibliotecas", pero podría (y hasta debería) estar hablando de "sociedad".

Se actúa como si en el futuro (un futuro cada vez más inmediato) no nos esperara la incertidumbre –seamos un poco optimistas y no escribamos aún "colapso"– que nos

espera. Una incertidumbre de crisis energética, escasez de recursos, y cambios globales derivados de los desequilibrios provocados por la irresponsabilidad de una especie –la humana– que sigue trabajando impávida en pos de la producción y el consumo desenfrenados. Nos dirigimos hacia un horizonte incierto quemando de manera despreocupada los pocos cartuchos que nos quedan. Y en lugar de pisar prudentemente el freno, aminorar la marcha y adecuar nuestras necesidades a nuestras posibilidades presentes y futuras, hacemos exactamente lo contrario: forzamos nuestras posibilidades (y las del mundo que nos rodea) para que respondan, quiéranlo o no, a nuestras supuestas "necesidades".

El "milagro" de las bibliotecas modernas (esas que prefieren no llamarse "bibliotecas" para que no se las asocie con la estereotipada imagen de salones llenos de hojas polvorientas) nos está dejando instituciones material e ideológicamente sometidas a los dictados del mercado y de la industria. Instituciones absolutamente adictas a y dependientes de la electricidad, Internet y las nuevas tecnologías. Instituciones que ya están encontrando dificultades para cumplir sus funciones tradicionales más básicas. Instituciones de una sostenibilidad más que dudosa. Instituciones sin criterios ni pensamiento propio, atrapadas en la maraña del discurso desarrollista y tecnofílico post-moderno dominante: ese que dice que "hay que evolucionar y adaptarse a las nuevas circunstancias" sin explicar por qué motivo se supone que tendríamos que hacer tal cosa, ni qué camino (a futuro) es el que se está siguiendo.

En 1992 el crítico cultural estadounidense Neil Postman acuñó la palabra "tecnopolio" para describir la tendencia de las sociedades actuales a entregar a la tecnología el dominio y el control de sus instituciones sociales y culturales. Es evidente que hemos entrado en una era de bibliotecas tecnopólicas. Una era en la cual se le da más importancia a las herramientas tecnológicas que se usan que a los motivos por los cuales se las usa y a los contenidos (potencialmente liberadores) que tal tecnología debe transmitir.

Una era de bibliotecas que no son bibliotecas.

Y con ellas, con las bibliotecas, se están yendo todos los valores que solían fomentar. Valores muy molestos para un sistema que prefiere a la gente con relojes que toquen la tarantela y den las probabilidades de tormenta en Miami en lugar de con relojes que den la hora.